AL BORDE DE UN ABISMO SOY

Andrea Leal



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
LAS FORMAS DEL FUEGO
POESÍA



Las formas del fuego

Al borde de un abismo soy

Andrea Leal

Al borde de un abismo soy

Premio del Concurso para Autores Inéditos
Mención Poesía, 2025

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Al borde de un abismo soy
© Andrea Leal

Edición y diagramación
Ennio Tucci

Montaje de portada
Mónica Piscitelli

Fotografía de portada
Klara Kulikova, *Una foto en blanco y negro de una calle con una pared de ladrillo* (2022) en Unsplash

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal nº DC2026001545
ISBN 978-980-01-2673-8

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores lnéditos 2025

VEREDICTO

Nosotros, Mariajosé Escobar, Vielsi Arias y Fidel Flores, designados por Monte Ávila Editores Latinoamericana para evaluar los manuscritos enviados al **Concurso de Autores Inéditos "Las formas del fuego", género poesía,** tras haber leído los originales enviados por los participantes, hemos decidido por unanimidad declarar ganador el libro *Al borde del abismo soy* firmado con el seudónimo **Granate**.

Dicha obra muestra una conciencia del lenguaje que revela la fuerza poética de quien escribe, creando un universo en el que temas como la enfermedad, la muerte y el duelo son tratados de manera extraordinaria. Como resultado, ofrece un tejido que se asiste de recursos literarios y autores de una sólida tradición poética venezolana.

Abierta la plica, la obra corresponde a la escritora **Andrea Leal**.

Caracas, 16 de junio del año 2026.

Mariajosé Escobar

Vielsi Arias

Fidel Flores

A Mercedes, cuya presencia vivió.
A papá, a las abuelas.

Sé del miedo cuando digo mi nombre.

Alejandra Pizarnik

En las aguas de Estigia

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
–esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo–.

Cesare Pavese

Todos los muertos

Todos los muertos huelen igual
a resina
antiséptico,
también, orine
o heces.

Todos los muertos tienen el mismo olor
de tristeza
de miedo
de (vida) o (muerte)
huelen a angustia
a la lágrima atorada en el lagrimal.

Huelen a soledad, también a [abandono]
Huelen al amor no consumado o por consumar
Huelen a *mi más sentido pésame*.
Sí, a *mi más sentido pésame*.

Todos los muertos huelen igual
a sueños inconclusos
a planes desvanecidos
a cosas que sobran
y restan
a comida nunca jamás comida
a ropa sin estrenar
a promesas
siempre huelen
a promesas.

Todos los muertos tienen el mismo olor
me sobreviene su olor
que es de otro mundo,
que viene y lo infecta todo,
que se queda
pegado en la ropa
en las paredes de los cuartos
en los objetos
(todos)
en los seres humanos y no los abandona.

Todos los muertos huelen así:
igual que *tú*.

Duelo

Avanzar
es ese el objetivo

Incluso, si se lleva todo por delante
Incluso, si olvidamos los féretros compartidos

Avanzar
ante la muerte
es el acto de violencia más pura

Uno se arranca el corazón con las uñas
le echa una buena mordida
y canta a los ancestros una tonada salvaje

Solo para escupir los pellejos
por el camino.

¿A dónde van las flores…?

puestas a los muertos,
cuando se consuman todas en pétalos
de carbón y polvo.

¿Llegarán a mi muerto si las quemo vivas
y las lanzó al aire?
¿Acompañarán la carroza fúnebre
cuando mis lágrimas se hayan secado para siempre?

Cenizando

Mi abuela fuma fósforos en las tardes tristes de agosto.
se para frente a la ventana de la cocina a fumarse cada uno de ellos en silencio.
la acompaña a su lado la cajetilla EL SOL®, abierta y húmeda cerca del lavaplatos.

Mi abuela es una sombra oscura en la cocina.
lleva el pelo recogido, unos blue-jeans y botas de tacón.
Es todavía joven y aguarda. Ya no es tan joven, se desespera.

Afuera (el hinojo está reverdeciendo en una lata de leche en polvo cerca de la ventana).
Ella lo observa. Extiende su mano y lo toca. Se cerciora de que no le han caído animalitos.
El patio está lleno de la luz de las cinco de la tarde,
pero la cocina se mantiene oscura.

Yo la miro desde el pasillo.
La miro apagar los fósforos en la humedad del lavaplatos.
El olor va subiendo hacia el techo y se expande.

Mi abuela tiene el cuerpo lleno de humo de fósforo.
El humo blanco le trepa hasta el cabello, pero ella impávida sigue viendo el patio ausente.
Luego, se voltea para retomar los quehaceres de la casa
y se percata de mí.

Me sonríe trémula.
Su cara está oculta en la oscuridad de la cocina,
pero todo se sabe.
Los fósforos están acumulados en el fondo del lavaplatos.
Toda la casa huele a ellos.

Mi abuela ha perdido una batalla.

Los ojos de papá

En el fondo de un sumidero
me encuentro frente a frente con mi padre.

El pobre,
echado en las aguas vertiginosas y putrefactas,
está tragando cloaca por la boca.

Sus ojos,
fijos en el sol de la tarde,
son de insomnio.

No se mueve ya:
es pura ausencia
cuerpo flotante.

Aun así,
papá canta una canción al fondo de la alcantarilla,
canta una canción de cuna para mí

y al hacerlo sonríe
como solo un padre sabe hacerlo.

Al verlo
a un acueducto de distancia,
con su presencia nebulosa,
sé lo que todo hijo huérfano sabe.

Debo seguir caminando.
sin atajos
sin freno
viviendo
bajo mandato.

Entonces, por reflejo,
tuve miedo a la muerte
y a su capacidad de desbaratar las cosas.

Cadáver de lagartija

a *Stich*

A mi gato le gustan las lagartijas:
crocante cuerpo transparente
ojitos saltones
mirada estática de duende inquisidor.

Supongo que odia la forma en que juzgan
o, tal vez, sus asuntos secretos
siempre detrás de los cuadros y espejos.

No puede ver una sin asesinarla vilmente.

Cada vez que ocurren estas escenas de crimen
se me aloja un susto en la boca del estómago.

Veo los cuerpos diseccionados en las esquinas de los cuartos
y comprendo que el asesinato es una advertencia.

Seguro el gato ya se dio cuenta
que yo también tengo la mirada diablesca
y la lengua oculta en la guarida oscura
para guardarme mis asuntos secretos
húmedos y calientes.

Árbol negro

I

En una noche de sueño roto,
sin hojas/ ni néctar/ ni espacio que le contenga,
creció un árbol negro en lo profundo de mi consciencia.

Solo,
en una gruta (al lado de la carretera),
charrasquean sus ramas de dedos
raquíticos
al son de un estribillo gitano

No me habla
ni revela nada
solo sabe ser una sombra triste
donde se empoza la baba del alma
y no deja filtrar nada.

II

Pulmón (y flema)

***

"¡Me estoy ahogando, árbol negro!", te digo
pero de importarte: no te importa
bebes hasta la última gota
no tienes saciedad.

Ya no tengo nada más nada que darte.
Las manos vacías.
El pecho también.
Te lo has engullido todo…

¿Será mi cuerpo el último sacrificio para el árbol negro?

***

Ahora yo soy agua de tinta,
reflejando raíces podridas.

Para:

A la noche oscura le he rezado
otras mil noches sin dormir
y de los labios no ha calmado mi saliva
para maldecir el destino caminado
y de mis ojos no ha acabado una mala mirada
contra la piel que me viste por las mañanas
y de mi nariz no hay calma ni suplicio
que aguante el desprecio que me he encomendado
y de mis manos
(golpe golpe contra golpe)
agitados los pensamientos
para que no me quede duda alguna
del rencor que albergo.

Al borde de un abismo soy

¡Ella está en mi garganta, la grita!
¡Es toda mi sangre, este veneno negro!
¡Yo soy el siniestro espejo
donde la furia se contempla!

¡Yo soy la herida y el cuchillo!
¡Yo soy la bofetada y la mejilla!
¡Yo soy los miembros y la rueda,
Y la víctima y el verdugo!

Charles Baudelaire

Visitación

En la estación “Tres gracias”
el vértigo avisó su llegada

la voz de papá decía: cuidado con él
pero, ¿por qué yo escucharía los consejos de un muerto?

Subiendo
subiendo
trepando
pierna brazo cuello
subiendo
cada vez más.

Febril los labios
hielo en los ojos
el temblor de los parpados
la mordida en la carne
el grito sobre la oreja

CUIDADO CON ÉL

dice el padre, pero ya se ha ido
me ha abandonado,
y ahora soy hija de las formas tectónicas.

A la furia

Tengo dos perros peleando en mi pecho.
Son ariscos y están hambrientos.
Mientras uno me dice las cosas que quiero escuchar
(y se enfada con la furia de veinte caninos),
el otro le reta y lo menosprecia;
sacando su lengua virulenta de gusanos y azucenas.

Allí están peleándose otra vez:
Lo hacen en el metro, en las horas de meditación,
cuando viajo en autobús.

A veces, cuando estoy sola, me despedazan.
Me quitan a mordiscos partes iguales de mi alma.

Yo sufro en silencio
sin poder decir nada a uno o al otro
(no tengo respuesta ni palabra de consuelo)
Lo único que me queda es esta lengua
que he mordido hasta tazarla

y ahora soy solo coágulo
que alimenta a mis dos perros hambrientos
hasta que no quede más rastro de mí.

En lo interno (I)

Abro mi pecho
con uñas y dientes.

El corazón enfermo escupe brea.

Hay que escarbar más,
como larva en carne podrida,
buscando el mal oculto de pena maldita.

Una piedra negra, Ópalo gigante,
depositada en mis entrañas
bombea como nido enemigo en el corazón amargo.

¡Que dolor!
¡Que punzada!
Pastoso y oscuro sabor a quemado.

Dentro de la piedra: una cucaracha
cuidando sus miles de huevos
de odio consumado.

En lo interno (II)

El corazón es una marmita humeante
puro deseo impenetrable.

Yo no sé qué se esconde dentro de él
siempre oculta sus intenciones
con juegos indescifrables.

Por eso presto atención por las noches
cuando todo está quieto
y él es el único
que hace ruido.

Bombea intranquilo
en un son de animales alborotados
resollando una pena perdida de grito no escuchado
que implora la mordida de un perro honesto.

En lo interno (III)

¿Cómo sanar esa bilis
humeante que no para de sacudir
convulsa y ahogada?

¿Cómo darle voz
a lo que no se escucha
en medio de una plaza llena de niños
y demonios fantasmales?

¿Cómo preservar su forma
y la sanidad de su color
sin mancharle con palabras y
excusas blandas?

Ya no sé cómo atajarlo entre mis manos
sin que se alborote el pájaro de alas heridas

y tampoco sé cómo consolarlo
de la oscuridad del pensamiento
y de los besos turbios
que le di una noche para *acallarlo*.

En lo interno (IV)

Es temor a la vida
esta mirada sostenida en el espejo
atormentada de soluciones presurosas.

Es el horror de respirar el aire que me circunda
y que las costillas se me hinchen de felicidad ajena
o que el cuerpo se sepa despierto a la una de la mañana.

Y por eso el miedo a las noches
al aullido del alma
a la deshonesta forma de mis confesiones.

Aterrada de los senos carnosos
o de la saliva que recorre el yo oculto bajo esta piel
aterrada por la hiedra, la tormenta del viento,
el tacto del otro con su compasión tibia.

Un beso de trémula ternura… me aterra también.

¡Es eso!
Un estúpido pánico
llenando cada una de mis cavernas
ante la idea del diente hincado y el placer en las palmas
benditas

mientras tiemblo
la muerte está riéndose en mi clavícula
para que no olvide que todo esto es
impermanente.

Pan

El monte ocre sucio —sepia— se mece por el temblor de las cuatro de la mañana. Una luz eléctrica lo ilumina trémulo en la oscuridad de la noche. Noche sin estrellas, sin astros mayores; silenciosa de rumores, roncando extraña y ajena.

La calle está sola, aguarda. Nosotros esperamos en la neblina oscura, entre las casas del barrio y el cableado público. Arañas, zapatos colgados en los tendederos desde sus agujetas y un gato negro nos acompañan en la brisa seca, mientras el silencio se hace cada vez más denso y compacto.

Yo miro el monte y el monte me mira, me aguarda también como el mundo entero. En el monte está oculto un misterio, el enigma de la noche que está y que viene, todos los secretos de las noches subsiguientes.

En el monte ronca un animal dormido, ronca también un humanoide despierto. Nos miramos sin vernos, él está en el otro lado del monte, cubierto por la noche y la espesura de la oscuridad. Yo no lo veo, pero le presiento. Él me huele toda, hasta los vellos de la sien.

Le temo, no sé su forma, pero le temo. Le tengo pavor y, sin embargo, me quedo quieta para verle. El miedo me atrae a su centro. Me dan ganas de descubrir, me dan ganas de correr y llorar, me dan ganas de ser, devorada, de ser, descubierta,
de dejar de ser extrañeza,
me dan ganas de saber.

Sonámbula

Pronto nacieron las noches azules sin final.

Sentada en el sofá de la sala
mataba con la mirada
a las musarañas que hozaban vivir.

Cuando la noche se hacía más salvaje,
me quedaba muy quieta en la oscuridad primigenia.

Era para no alertar al miedo de mi presencia
ni desatar los terremotos de la carne.

La verdad: me sostenía con uñas al sofá
para no perder la cordura
ante el vértigo que se cernía sobre mi cabeza.

Crisis

"Todo está bien", dice la boca.
y los ojos extraviados hacia lo hondo de mis mucosas.

"Estás a salvo", dice el auricular,
pero el suelo sobre mis pies tiene una grieta
y nadie la ve.

"No pasa nada", susurra mamá.
Y yo estoy aquí
partida en dos.

Fobia

Cuando el ojo del otro humano se posa sobre mi presencia
la piel se me vuelve más delgada
y dejo traslucir cada uno de mis órganos en perpetua
descomposición.

Y aunque trato de disimular este bochornoso fallo
no hay manera de que nadie se dé cuenta
del temblor que convulsiona mi cuerpo.

Allí, en ese instante, imploro desaparecer
dejar de estar
ser invisible
pero para mi horror, hoy soy la pieza principal
de esta macabra obra
a mediodía.

Un armadillo

No se lo he contado a nadie
pero tengo la capacidad de convertirme en un armadillo.

Cuando una emoción me agarra desprevenida
o no existe muro ni pared que aguante mi espinazo
el cuerpo se me pone blando y devengo en medusa.

Llena de carne sin huesos
y la piel rota de nervios
mi cabeza trabaja un montón para mantenerme en una pieza.

Entonces, tirada en el suelo
a merced de los ojos de la ciudad
me voy contrayendo
endureciéndome
tiesa la coronilla de espuelas
y me convierto en puro armadillo de garras

así me quedo
mirando por un buen rato
la cara pálida que he puesto
ante el fracaso de mi materia.

A este destierro

Algunos dicen, como para sentirse mejor con ellos mismos,
que esta enfermedad es el mejor de los maestros
y logran, luego de superarla, escribir 15 libros de autoayuda
y hacer un *speach* (una *Ted Talk*) y vivir de eso.

Otros se quedan en un silencio mustio
de verde podrido, de agua mala
y van contaminando todo a su paso
hasta que se ahogan en su propio jugo

como última venganza: maldice a Dios y a todos los ángeles
y se van a descansar para siempre, riendo.

Yo solo he conseguido el destierro con ella
porque virulenta y mezquina
va ocupando cada espacio de mi habitación
y se adueña de él y de mí
como si se tratase de un amante malo.

Lo peor: se ha encargado de subyugar mi rebeldía primero
y ahora no sé decirle que no.
Entonces, mudo las pocas cositas que me quedan (una a una)
fuera de su dominio y me resigno a ser
la paria que vive en la última baldosa del baño.

Fracaso (otro día más)

Desgarrada
por la trémula incertidumbre
que nace de mis entrañas
y rompe mi cuerpo
en pánico.

No quiero ser

de repente, sin aviso
soy traspasada por el don maldito
que hunde su diente amarillo
sobre la yugular tintineante.

Y no importa donde esté
ni que haga
me hallo aplastada por el sol
incluso en las noches
y me vuelvo carne sin nervios
blanda la lengua y el cerebro.

No hay antídoto para esta querella:
Ni 5 mg de Clonazepam lo paran.
Y solo me queda morderme la lengua
tragar mis babas de algodón
hasta que se me derrita el cráneo.

Es en este instante,
de nada y silencio,
explotado de mi cuerpo sensorial,
que pido a mi existencia dejar de ser
y deseo como un niño a la chupeta
hundirme en el mar oscuro del sueño.

Frágil

Yo enterré la felicidad en mis costillas
profundo hacia los pulmones
y allí ha estado segura; viviendo.

No me la alborotes
que se cansa rápido y la necesito cerca.

La sombra

Lanzo una zancada
y me sigue sin prisa
vuelvo a otra
y me copia en perfecta sincronía.

Entonces, corro
trepo
escapo
me abalanzo con todas mis fuerzas hacia el futuro.

Pero ella me sigue impasible, mecánica, obsesiva
y cuando volteo a hacerle cara
ya ha desaparecido.

Cadáver

Doy vuelta tras vuelta
alrededor de aquella idea

en lo hondo de su negrura
veo mi cara con la lengua gorda
morada y espesa

y aunque los ojos vacíos que me miran
me turban y conmueven

una parte oculta de mí
sonríe.

Insomnio

La luz de la calle
ilumina la cama
obstinada, no me deja dormir.

Paso la noche entera, mirándole de frente
y mientras más traspasa
su blanco fantasmal
más me pregunto cuándo será el día
en que me aniquile su aro
y yo no vuelva nunca más a estas tierras infértiles.

Exequias

Asistiré a mi propio funeral
y me regalaré crisantemos.

Para que nadie ose a decir
que no tuve el coraje de verme muerta.

Tengo nostalgia de la vida futura

Tengo nostalgia de la vida futura
de las múltiples posibilidades que vio otro en mí
de la vida en el campo que pude tener
de la vida en el mar que pude tener
de la vida en cualquier ciudad que pude tener…

también tengo nostalgia
de las formas de amar de los vecinos
cuyas luces de apartamento son cálidas
y redondas
y parecen vivir vidas blandas y llenas de olor a suavizante

tengo nostalgia
de los gatos
del helecho que mama agua y sangre
de la reliquia familiar guardada en la peinadora
de mis zapatos usados
del perfume que me eché cuando era feliz

en fin,
tengo nostalgia y envidia por todos los seres vivos
por aquellos que hacen mercado sin preocupaciones
por los que ponen sus cuerpos al sol y disfrutan del tedio
o encuentran placer en caminar por la acera y ahogarse en alcohol

y, sobre todo, le tengo un extraño rencor
a la otra yo (donde sea que esté)
que puede vivir a sus anchas
sin ninguna herida que le haga dudar del mañana.

Confesión

Los ojos: dos bolas despepitadas.
La boca: una mueca de horror.
Las cejas: temblando, arqueadas.
Las manos: perlinas de sudor.
La manzana de adán: arriba/abajo.

Hay un placer culposo en contarle a otros que te quieres matar.

Disección cerebral

Busco en la gaveta de mis memorias cuándo fue la primera vez que el miedo me trepó al cuerpo y no me volvió a soltar. Tal vez fue una noche que se acostó a mi lado y no volvió a irse jamás (siempre esperando un salto/la mordida infinita). O, tal vez fue "en la tierna infancia" que se me pegó un duende de monte y ahora somos pareja. ¿Importa la fuente/ el nervio/la teta que mama?
No.
Ya no importa.
Me quedo con sus formas.
En estas explosiones (arbóreas), trepan mis raíces y rizomas a todos los posibles futuros y presentes que viviré y he vivido. Me expando. Trepo, corro, rebaso a todos. Me vuelvo pájaro, hoja, aliento o pelusa. Multiplico mis caras y mis vientres. Me desparramo.
Soy toda sensación y, por sentir, mi cuerpo se aterra desdoblado ante el minúsculo pensamiento que soy en la cabeza de Dios.
Pero,
yo ya estoy cansada,

demasiado cansada
no puedo más

y es que no existe belleza en el cuerpo que se parte en dos
y no recupera su forma
ni sana nunca más.

Aves de presa

En el filo de esta silla
en la punta de esta escalinata
a pocos pasos del abismo,
hago equilibrio con los pulmones vacíos de aire.

Un parpadeo y me mezo a la izquierda
un temblor y me voy a la derecha
entre los labios sujeto la orquídea
de pétalos bulbares
que me salva de la amarga teta de la Locura.

Y frente a mí, con sus alas raquíticas
y su cuerpo de huesos a la intemperie
está esa ave atroz que picotea mis nervios.

Si me equivoco, arranca,
si me equivoco, destaja.

Ese bípedo de museo
con cuencas sin ojos
y pico sangrante
se burla cada vez que desvanezco
y con un graznido de ave de fuego
se alimenta de mis entrañas
cada vez que pronuncio la palabra miedo.

Aves de presa (II)

En esta sala inquisitoria nadie se mueve sin pedir permiso (…) No están permitidos los suspiros, porque hasta el aleteo de un colibrí podría romper el equilibrio de la silla y aventarme escalinata abajo, roca abajo, fosa abajo. O ser devorada por el pájaro del tiempo. Con sus ojos vacíos de globo, vacíos de ojo y de vida, calcula cada movimiento del pecho y decide (caprichosamente) cuando apretarme las costillas para que el aire no vuelva. Si huele el miedo (que olor tan familiar), entonces, mete pico, mete pata y me desgarra un costado para hacer un nido de gusanos, para enterrarme una estaca o lamer la baba gris de mis humores. Y cuando me encuentra seca, pega un grito de ave prehistórica, de guacamaya endiablada y me despierta de súbito del rincón de la muerte y volvemos a iniciar todo otra vez. Y así hemos estado varias noches y varias vidas, sin poder encontrar un verdadero equilibrio entre mi silla chueca y sus grilletes; porque yo podré ser presa, pero el ave también es un prisionero y los hombres (los heraldos) son sus dueños y se ríen cada vez que el ave chilla de hambre, y se masturban cada vez que se le pudren los órganos y le vuelven a crecer, y eyaculan cada vez que el ave me devora. Este es el festín y ninguno de los dos lo disfruta.
¿O sí?

Aves de presa (III)

Muge muge muge
aunque no seas vaca
aunque seas cadáver
muge para mí
pajarraco del infierno

que yo sé que te llamas miedo
y yo ahora soy hija del terror

muge para mis oídos, pájaro
y yo mujo sin pena ni vergüenza
y me hago parte de tu séquito
y dejamos atrás todo este circo.

¿Para qué tanta parafernalia si somos templo de este cuerpo?
¿Para qué la sombra del otro riéndose sobre nuestros huesos?
¿Por qué tan esclavos del temblor y el vértigo?

Seamos honestos, pájaro-vaca
aquí ninguno es dueño de la pasión
así que mírame a los ojos
mírame
y date cuenta que tu miedo es el mismo que guardo en mis ojos
y que el pánico ya no llena nuestros corazones
y que tanto equilibrio en esta silla y en aquella marmita
nos ha llevado a la locura.

Entonces, abre tu boca pájaro feo
muéstrame tu lengua
trágame entera
hazme desaparecer
vuelve tu oscuridad mi mundo

y ahora en el calor de tu vientre
muge al son de los grilletes
aletea tus huesos de dinosaurio
y sácanos de esta casa de tortura
que ahora somos la misma cosa
y podemos salir de aquí
(volando o mugiendo)
hacia la madrugada azul de mi cuarto.

No lo harás

Pasará otro día con su noche y no lo harás
servirás el desayuno en la mesa y no lo harás
escucharás la queja de un pájaro herido y no lo harás
recibirás una llamada de mamá y no lo harás
cogerás un cuchillo para cortar carne y no lo harás
mirarás el techo de celosía y no lo harás
compartirás una caricia con otro y no lo harás
escucharás la risa de un amigo y no lo harás
pondrás suavizante en la ropa y no lo harás
verás el tazón de tu gato y no lo harás

y un día, el menos esperado,
te verás frente a frente con el espejo
y dirás, sin titubeo:
No lo harás.

Íntimo

Muestra tu cara perro violento
sonríe con tus colmillos de hiena
y dime de nuevo en la cara
los fracasos que me he estado comiendo.

Ya nos conocemos desde hace años
tu forma y tu vientre
no me dan miedo
a tu reino le escupo y le prendo mecha.

¿Y qué harás ahora que me revelo?
¿Con qué daga me traicionarás de nuevo?
Te pongo el pecho desnudo en la mesa
la mano, la vulva, cualquier pedazo de carne que desees
y pega un mordisco de bicho hambriento.

Hazlo
que a mí ya nada me duele
y pronto te destierro.

Escribir (aquí y ahora) es mi mayor venganza.

Deglutir (I)

La ciruela
(bajo los dientes del agresor)
es un maná de aguas afrutadas

la lengua se enreda como serpiente
sobre la fibra carnosa de la fruta
y roba la pepa para sí sola

semilla
garganta
semilla
y el susto del ahogo brincando en el labio

no hay nada más delicioso que morirse
y revivir

Deglutir (II)

Al borde del abismo
¿qué decía Pavese que miraba con ojos de animal?

silencio

al otro lado estoy yo
riéndome

Deglutir (III)

A la noche
con colmillos de loba
le dedico la uña del dedo meñique

al agua de mar,
rasgando los sueños del silencio,
la saliva que brota cuando deseo

y al reflejo oscuro
del espejo retrovisor,
el ojo izquierdo de mi cara
que avizora el destino
y maldice como bruja de pantano
cada vez que te miro.

Deglutir (IV)

Ya está:
me lo trago como venganza.

Mastico la masa sanguinolenta que eres
y no la dejo ir nunca más
(nunca nunca nunca…)
ni aunque me implores, ni aunque digas tregua

Te despedazo en un bolo blanco
para que ya nadie te reconozca
ni cante tus himnos
ni se aterre de tu presencia.

Te voy a volver *mierda*
vas a desear no haberte metido conmigo
ni convertirme en tu sacerdotisa

(demasiado tarde).

Y yo me voy a reír de tu dolor
cada maldita noche
porque ahora eres mío, cabra humana
porque ahora el Pan es mi alimento
y yo ya no soy tu presa
ni tu cordero.

Deglutir (V)

Al borde del abismo
¿Qué decía Cadenas que desafiaba el vacío?

espero

allá en lo profundo de mi garganta
abre en flor
un caballito del diablo
coronado

Hacia el fuego salvaje

Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, henchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo hasta el fin (…)

Eugenio Montejo

Hay noches en las que soy una guacharaca

nerviosa
y aprisionada

no sé más
que aguardar (en la oscuridad del nido)
el grito de vida que me llama

Sanación (I)

Miel de la vejiga de un becerro
cae gota a gota en la lengua gusana

se bebe el líquido amargo
sin desperdiciar ni un poco para los pájaros de ojos lelos

es un veneno viscoso
que corre por la garganta

quemando todo a su paso
como fuego fatuo robado de una serpiente halada

el estómago no lo digiere
regurgita la miel amarga como una herida supurante

y el corazón que solo sabe aceptar
bebe cada gota y no desperdicia nada

Sanación (II)

"Esto no es lineal"
dijo el psiquiatra.

A mí no me importa su forma, ni su olor o sabor
yo solo quiero ver las telarañas del techo

y gritar *hurra* un día más pasó.

Pero, es una mentira
estoy cansada de luchar
golpe a golpe contra mi propia marea

y nada que veo tierra firme.

Sanación (III)

Han pasado tres años desde el último poema de sanación
y aún me pregunto:
¿cómo se limpia el corazón agrío?,
¿habrá lejía suficiente para esta alma podrida de tanta agua amarga?

No he aprendido nada.

Sigo con este agujero de vientos gélidos
con la herida abierta en el esternón.

Y, a pesar de que lloré sales amargas
para cicatrizar su veneno,
aún no encuentro fin para las noches eternas.

Pero apláudanme un poco.
Soy tozuda, no suelto la carne que muerdo.
Aquí estoy lamiendo mi alma
como perra herida
lamo
lamo
lamo: para convertirla en perla
de mar,
en amalgama de espíritu.

Sanación (IV)

Eclosión de una boca cerrada
chorros de anís Cartujo por la ventana
y ese olor a vómito, a alcohol isopropílico
quemando la garganta.

Odio el ácido de mi estómago
pero aquí estoy bebiéndolo a chorros
mientras el carro da vueltas en círculo por la Solano.

No se puede curar el odio
cerrando los ojos.
No puedo hacerme dueña del miedo
sin apretarle la garganta.

Toská

Cuando observo el techo por mucho tiempo
ocurre que puedo llegar a tocarme la amígdala con la punta de la lengua.

No es una sensación desagradable,
pero es como el tedio:
Pantanoso.
Urgo con la lengua ese espacio en mi cerebro
lo toco, lo palpo, lo degusto.

Pero nada me devuelve.
Me pasa eso con muchas cosas:
Un vacío insípido.
Entonces, me levanto de donde sea que esté (por lo general de la cama)
y me voy a comer toronjas.

Ácidas papilas gustativas de mis dedos arácnidos
exploto yo como mi cabeza
y me olvido del vacío
de la amígdala
de la cama nunca tendida
(y el alma tan oscura que no puedo ver,
que miedo
que angustia).

Solo soy lengua cuando como toronjas
y me exprimo del placer
ya nada tiene valor…
y no me importa.

Medicamento

El silencio nace en mí.
En el eco de mi alma
donde se ha alojado una sombra
acuosa
cuya miasma derramo en los confines de mi ser
y me ahoga
(deliciosamente)
en la fragancia del nuevo cuerpo que estoy
creando
para mí.

Cortafuegos

En lo profundo de este laberinto, de espigas y madreselva, aún conservo su forma primordial / Cuando la tempestad azota mi pecho y comprime mi ser hasta molerlo veo a lo hondo de su oscuridad los ojos de un felino/ No hace falta que le llame o le implore, erizando y con sus fauces abiertas, chilla grito de guerra y me recuerda por qué sigo viva/

Una herida

Mi mamá no me enseñó a coser.
Y por eso llevo años cargando con este navajazo
en la barriga.

Me gustaría decir que con el tiempo
aprendí a curarlo
pero aún no sé muy bien qué estoy haciendo.

A veces, le regalo capullos de manzanilla
o plátano frito para no oler el pus que supura
y otras veces lo penetro con los dedos
escarbo en su umbral hasta que me haga soltar
el grito que llevo dentro.

Desde la última noche
he agarrado un rollo de pabilo
y aquí estoy dando puntadas a esta herida
a ver si al fin se cierra y sana.

La tarea

Cuando las piezas de mi cuerpo
están todas regadas por la calle
y no hay nadie que pueda resolver el rompecabezas,
la tarea es:
tomarme del piso.
aceptar el bochorno.
hacerme con los hilos de mis omoplatos
y volver a aprender a caminar
como niña ciega que busca a su madre.

Me sigo esperando.

Pero, por favor, Dios,
no me hagas esperar más.

Ya estoy cansada

(y ando hambrienta de vida)

Pastillas amarillas

Desde que entraron a mi vida
(estas pastillas amarillas)
pensar en la lumbre del sol no me da dolores de cabeza

también flotar en agua de mar del recuerdo de un sueño
se ha vuelto una tarea sencilla
porque tengo branquias (insospechables) en la punta de los pies

y cabellos elásticos
como las dendritas de un pulpo
para mantenerme a flote, incluso en el pantano.

Aquí-hoy

A golpe de cinco
destierro la casa.

Y desnuda de cualquier pretensión,
me dedico a matar el tiempo.

En la calle: todo el mundo tiene la cabeza
sobre sus hombros
pero yo la cargo entre mis manos.

Y gracias a Dios que lo hago
porque veo de cerca el camino de las hormigas
saboreo las formas de los neumáticos en el pavimento
y aprendo a pilotear como un zamuro sobre su carroña.

Nunca me he sentido más feliz
que ahora que soy una enferma.

El arte de observar

En un yagrumo, allá a lo alto de sus ramas de paragua
una pereza se hace presente
y me deja observar la intimidad de su vida.

Cada movimiento es una danza preparada
que regala a mi alma aburrida.

Primero: veo sus ojitos de pepa de zamuro.
Luego: la forma redonda de su culo lunar.
Y después: alza su pezuña afilada y rasga el cielo
las nubes
finalmente, mi cráneo/corazón.

Y así, sin grandes sortilegios,
me veo libre del peso que me agobia
y soy un animal más observando al mundo.

Estos hogares lejanos

Al fondo de una colina
una casa se ilumina por la luz circular de
un poste eléctrico.

Todo está sumido en la espesura de los árboles
nocturnos
y el cielo crepitante da sus últimos colores ultramarinos.

Mas
la LUZ del farol proyectada
sobre el frente
y el tejado de la casa
anuncian un milagro silencioso.

La vida del hogar
arácnida
y tibia
guardando todos sus secretos
maternales
para las primeras impresiones de la infancia
y para aquellos cuerpos viejos en reposo
que esperan enamorarse nuevamente
de la vida y su conjuro.

La hora enrarecida

I

El terror se encuentra oculto en el monte
desde la oscuridad: le miro.

La montaña amanece
ningún árbol o hierba se mueve.

Paralizada,
la madrugada asfixia el grito de un animal.

Todos los seres vivos lo saben:
despedimos con reverencia a la noche.

Y asustados
nos entregamos a la hora enrarecida del día.

II

Anidando temblorosos en la incertidumbre
los peligros acechan a esta hora.

Nadie confía en su hermano
no se diferencia el amigo del asesino.

Enloquecidos
lloramos por un rastro del ojo-sol.

III

Padre, padre, padre
por favor
MISERICORDIA
por
favor.

El pánico se quiebra
la quietud cede.

Implosión
(es el cielo
que despierta).

Allí va el suspiro de alivio que circunda el monte
es un animal que asoma el rostro desde su guarida.

Preparándose, sin advertirlo, para
la llegada del próximo amanecer.

Luciérnagas

Esperábamos que la luz se fuera
para presenciar la danza secreta
de las luciérnagas.

Todos gritábamos de alegría
al verlas rebotar en las copas de los árboles.

Farolillos de fuego,
surcando la noche:
Revelando el baile de la candela.

Y yo, dentro de su calor amarillo,
me abrazo a las formas maternas
de la naturaleza.

Mano

La mujer miró mi mano
la pellizcó
la diseccionó
me arrancó los nervios
y los saboreó.

Luego dijo: "Vendrán tiempos mejores".

Mis ganas de vivir

Le apunto a la fe
a su forma de mariposa
a las veces que viene en las tardes silenciosas
y me encuentra viva.

Le doy todo a la fe
al recuerdo de las sombras de los fallecidos
a las caricias tibias de los cuerpos vivos
al corazón que aún vibra bajo esta carne lela.

Me robo la fe
la hago toda mía
la hago mi razón de ser
porque siempre existe
porque siempre aguarda
bajo el sobaco o la garganta
y da un salto felino de astucia
y me deja tiesa, asombrada,
de mis ganas de vivir.

A la belleza, la lloro

Yo sólo lloro por las cosas que me conmueven:
una canción
un poema
una vibración en la voz del ser amado.

He llorado ante los recuerdos felices
ante la belleza
ya sea de un atardecer,
de un gesto,
o de un momento

y he llorado también mis fracasos,
mis malos planes
mis vueltas incesantes para caer en la nada
mis tantas cuentas perdidas.
Después de todo,
a la ausencia, también la lloro.

A decir verdad, lloro incluso,
al final de un día hermoso, a sabiendas que no volverá jamás.
Y luego, lloro otro rato más,
sintiendo su recuerdo tan cercano, tan vivo:
¡tan mío y eterno!

Lloré el otro día ante lo que no regresaba,
y porque lo había perdido, lo lloré doblemente.

En fin, lloré por las canciones de Los Beatles
por el sabor de esas pizzas en la Solano
por el olor del perfume de mi abuela
por las tardes en *tierra de nadie*
por los tangos a las nueve de la noche.
(Por supuesto, de Gardel).

He llorado, como todos, cuando otros lloran
cuando ven partir a un amigo en avión o en tumba.
Igual, también lo he hecho por las palabras nunca antes dichas
que se dicen de repente.
Porque alguien me abrazó muy cerca de sí,
y me besó las mejillas, largo rato, sin decirme nada;
comprendiendo.

Y mientras escribo lloro,
cada uno de esos discursos entredichos
de esas conversaciones silenciosas que nos llevaron a todo o nada
por cada acto inesperado,
por esa ternura jamás vista,
por todos los puñetazos bajos
por la muerte
por la vida
por todo lo que les rodea.

Yo les lloro mis fantasmas
mis vivos
¡Les lloro a pecho abierto!
sin vergüenza
sin escatimar
les lloro y les amo inmensamente.

Un poema

Llevo días queriendo escribir un canto a la vida. Me siento bien laboriosa frente a la ventana, a ver discurrir los pájaros, el viento en las hojas de la azalea, una persona que camina con su perro. Pero no viene la palabra poética. Me tiro al suelo, pues, escucho el bossa nova rasgando mis oídos, los ojos abiertos al sol del mediodía y los pelitos de la alfombra contra mi espalda sudada. Me conmuevo, pero no viene la palabra poética. Decido salir a la calle, pateando acera tras acera, hurgando en las ventajas de los edificios para robarme la vida íntima de los otros. Y aunque sonrío, no viene la palabra poética. Me escabullo por la noche, más bien, visito sus tabernas y sus cuerpos, retozo como animalito con otro de mi estirpe, me pierdo en un zaguán que no tiene salida y veo a las estrellas hablándome en su idioma. Y, de nuevo, no viene la palabra poética. Resignada, vuelvo a casa, reposo mi cuerpo sobre el lecho mortuorio, maldigo los mil poemas escritos a la muerte y lloro por esta estúpida afasia, que me obliga a hablar solo de exequias y cadáveres. Entonces, vuelvo los ojos al tiempo, a los vestigios del cuerpo, a la manera en que respiro en este instante y comprendo que el poema siempre ha estado allí.

Un mensaje de mi yo de 15 años:

Infinita debe ser la noche
cuando la muerte se aproxima.

Más perfecta e infinita debe ser
cuando la vida nos toma.

El idioma que hablo

No hace falta, mi dios
pedirte un gran milagro.

Ya yo no soy de esas paganas
que recurre a tus faldas
cuando está en caminos inciertos.

Tampoco te voy a maldecir
ni lucharé
o me pondré rebelde.

No hace falta que vengas a buscarme, mi dios
ahora soy cierva dócil si lo deseo.

Más bien,
hagamos tregua bajo tu sombra implacable,
y olvidemos estos desacuerdos,
estas amargas amígdalas,
y retocemos en el centro de tu santidad.

Ya aprendí tu lección lacerante.
No hace falta que la repitas.
Y ahora mamo el agua del grifo (y doy gracias por su suave
/ frescura)
y sé aguantar el calor sobre mi coronilla
y abrir el pecho cuando se demanda.

En fin, no hace falta ya que hagas nada
porque esta sierva aprendió a caminar
y hablar este idioma de los benditos y los locos
que solo saben reír cuando se perciben en el gozo de estar *vivos*.

Cada mañana
sin falta
mi terco corazón
elige
la vida.

Índice

En las aguas de Estigia **13**
Todos los muertos 17
Duelo 19
¿A dónde van las flores…? 20
Cenizando 21
Los ojos de papá 23
Entonces, por reflejo *25*
Cadáver de lagartija 26
Árbol negro 27
Para 29

Al borde de un abismo soy **31**
Visitación 35
A la furia 36
En lo interno (I) 37
En lo interno (II) 38
En lo interno (III) 39
En lo interno (IV) 40
Pan 41
Sonámbula 42
Crisis 43
Fobia 44
Un armadillo 45
A este destierro 46
Fracaso (otro día más) 47
No quiero ser 48
Frágil 49

La sombra 50
Cadáver 51
Insomnio 52
Exequias 53
Tengo nostalgia de la vida futura 54
Confesión 55
Disección cerebral 56
Aves de presa 57
Aves de presa (II) 58
Aves de presa (III) 59
No lo harás 61
Íntimo 62
Escribir (aquí y ahora) es mi mayor venganza. *63*
Deglutir (I) 64
Deglutir (II) 65
Deglutir (III) 66
Deglutir (IV) 67
Deglutir (V) 68

Hacia el fuego salvaje **69**
Hay noches en las que soy una guacharaca *73*
Sanación (I) 74
Sanación (II) 75
Sanación (III) 76
Sanación (IV) 77
Toská 78
Medicamento 80
Cortafuegos 81
Una herida 82
La tarea 83
Me sigo esperando *84*
Pastillas amarillas 85
Aquí-hoy 86

El arte de observar 87
Estos hogares lejanos 88
La hora enrarecida 89
Luciérnagas 91
Mano 92
Mis ganas de vivir 93
A la belleza, la lloro 94
Un poema 96
Un mensaje de mi yo de 15 años 97
El idioma que hablo 98
Cada mañana *100*

Al borde de un abismo soy
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
son 300 ejemplares

POESÍA

No se puede curar el odio
cerrando los ojos.
No puedo hacerme dueña del miedo
sin apretarle la garganta.

AL BORDE DE UN ABISMO SOY

Dividido entre la penumbra de la muerte y el despertar salvaje de la tierra, este poemario de Andrea Leal construye un tránsito entre el colapso y la resistencia. Escarbando en las sombras de la memoria familiar hasta el refugio de las pequeñas cosas, un yagrumo, unas luciérnagas, una taza de té o la furia de seguir caminando, los poemas nos entregan un tejido que convoca a los muertos para aprender, finalmente, el idioma de los que celebran la terca alegría de estar vivos.

Andrea Leal (Caracas, 1996)

Es licenciada de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Se desempeña como editora y gestora cultural en el proyecto de promoción literaria Gato Negro Caracas. Ha escrito una diversidad de textos en narrativa y poesía, que le han concedido varios galardones, entre ellos: finalista en el Premio de Poesía Rafael Cadenas (2018), tercer y segundo lugar en el Premio de Cuento Julio Garmendia para Jóvenes Autores de la Policlínica Metropolitana (2020-2023). De la misma manera, ha participado en antologías como, *Feroces* y ha sido publicada en revistas como *Weird Review* (Panamá), *La vida de Nos* (Caracas), así como en muchas otras.

9 789800 126738

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]